

Grupo de mujeres latinoamericanas 1979?/

Elsa Plaza y Liria Da Graca\*  
Barcelona, setiembre 2015

Si hubiésemos conocido entonces el significado de la palabra Tsunami, habríamos dicho que nos había pasado uno por encima. Argentinas, uruguayas, chilenas, colombianas, brasileñas, todas llegamos a Cataluña huyendo del terror instaurado en nuestros países por las dictaduras militares que se enseñorearon de ellos en la década del 70 del siglo anterior.

España, Cataluña recién dejaban atrás la dictadura sangrienta del Generalísimo; sabían lo que era un régimen impuesto por el terror, de modo que fuimos acogidas con solidaridad y simpatía.

Era la época de la llamada Transición y de una tímida apertura democrática, que sobre todo se notaba en la calle, que las mujeres habían tomado con su presencia. Se manifestaban a favor del derecho a gozar y usar sus cuerpos, sin las cortapisas marcadas por el régimen franquista y por la iglesia omnipresente. El derecho al aborto, al divorcio, a la contracepción, la igualdad ante la ley, la patria potestad compartida, las relaciones lésbicas eran los temas que convocaban a esta presencia permanente en el espacio público. Pero también lo era las condiciones materiales en las que se desenvolvía la vida cotidiana en los barrios. Las mujeres se organizaban para reclamar viviendas dignas, semáforos, escuelas, el asfalto de calles intransitables, centros de salud. Y también se encerraban en las iglesias o en las empresas demandando mejoras laborales o la readmisión de compañeras /os, o de sus propios maridos, despedidos o represaliados por la patronal. O bien marchaban juntas, codo a codo con organizaciones, asambleas, sindicatos exigiendo la amnistía para la y los presos y presas políticos. Fue ese momento el de nuestra llegada, a un año de la celebración de las primeras Jornadas Feministas en la Universidad de Barcelona.

El Movimiento feminista estaba en su apogeo y tenía un gran peso social. En Barcelona se había conformado la Coordinadora que nucleaba a los grupos de mujeres organizadas: las de Vocalías de barrios (provenientes de las Asociaciones de vecinos), grupos de mujeres de partidos, las feministas autónomas, feministas radicales, grupos que se ocupaban de las cuestiones de salud sexual y reproductiva, etc. En este contexto, y con los matices que impregnaron toda la variedad del feminismo, nació el Grupo de mujeres latinoamericanas que, en su inicio, llegó a sumar alrededor de cuarenta integrantes. Recordamos, entre otras a: Elsa (Chuchu), Cristina, Silvia, Raquel, Nydia, Lily, Susana, Doro (la única catalana), Mirta, Norma, Nora, Mónica, Aurora, Marga, María Elena, Elsa. La Coordinadora feminista, que en esa época funcionaba en un local de la calle Caspe, nos cedió solidariamente un espacio para nuestras reuniones. La mayoría de las compañeras que conformaban el grupo provenían de estructuras políticas partidarias, las menos, poseíamos una formación feminista y participábamos en grupos de mujeres locales.

La diversidad de las procedencias determinaba las temáticas de discusión, aunque ello no era óbice para que acordáramos en temas relacionados a nuestra propia sexualidad, las relaciones con nuestras parejas, que se vieron modificadas sustancialmente a partir de esta toma de conciencia en tanto que mujeres políticamente activas. De lo que derivaron profundas crisis que ocasionaron rupturas irreconciliables.

La dinámica de lo que se llamó entonces “grupos de autoconciencia” nos ayudó a posicionarnos de una manera diferente ante todas las experiencias vividas anteriormente y las presentes. Aprendimos a conocer nuestro propio cuerpo, su funcionamiento y nuestro derecho a gozar plenamente de él. Como también a decidir acerca de la posibilidad de ser o no madres, sin falsas culpas; a reclamar en nuestros trabajos el mismo salario que el de nuestros compañeros. Pues, se daba el hecho que, muchas veces, una a misma tarea se la calificaba de manera diferente si quien la ejercía era un varón. También aprendimos a reclamar la presencia paterna en el proceso de cura y educación de los hijos; a cuestionar al matrimonio como sacramento indisoluble, según el concepto eclesiástico, y a desmitificar al amor romántico que nos convertía en eternas princesas en espera de príncipes azules (o rojos); a repartir las tareas domésticas; y a considerar otras opciones sexuales que no fueran las normativas impuestas por el patriarcado...Y muchas cosas más relacionadas también con nuestra manera de vestir, de gesticular y hasta de comer. De manera que nos transformamos en personas totalmente diferentes: más independientes, más seguras, con la certeza de que el mundo nos ofrecía un cúmulo de manjares a los que podíamos y queríamos acceder.

Aprendimos a tejer redes de ayuda mutua y a hacer amistades que perduran aún hoy después de decenas de años, relaciones creadas al calor del intercambio de ideas y de la solidaridad, de la creación de espacios compartidos para la libertad y el disfrute lúdico, desmintiendo el mito de la competencia entre mujeres .

Todo esto llegó también a la par que el cuestionamiento sobre el lugar subalterno que ocupábamos en las organizaciones políticas. Organizaciones de las que proveníamos muchas de nosotras. Un lugar determinado por los dirigentes masculinos donde nuestra voz apenas resultaba audible, sepultada bajo el autoritarismo del aparato partidario. Así también aprendimos, gracias al feminismo, que nuestro discurso podía ser válido y esto fue creando las primeras fricciones, no sólo a nivel personal -en el seno de nuestras parejas-, sino también dentro de las organizaciones en el exilio.

Poco a poco, fue tomando cuerpo la necesidad de dotarnos de un medio a través del cual expresar nuestros pensamientos y dejar constancia de nuestras acciones. Así nació *La Boletina*, una pequeña revista, editada gracias a la colaboración de las compañeras de la Coordinadora feminista, de la cual logramos publicar cuatro números.

A lo largo de casi un lustro luchamos y nos manifestamos junto a nuestras compañeras catalanas, para lograr lo que se fue consolidando en algunas leyes promulgadas desde el nuevo Parlamento, éste surgido después de la llamada Transición. Aunque quedaron pendientes otras leyes a sancionar, como por ejemplo, una que contemplara el derecho al aborto libre y a cargo de la Seguridad social.

Como consecuencia del lógico desgaste de todas las agrupaciones y, sobre todo, de las diferencias surgidas en torno a la cuestión de la doble militancia, se produjo el comienzo de una fractura. Algunas compañeras sostenían que la militancia en el feminismo era incompatible con la de los partidos; y otras, en cambio, creían necesaria esta doble participación. Poco a poco, cada una fue encontrando su propio camino, ya dentro de organizaciones de solidaridad con sus países de origen, en grupos feministas diversos, en asociaciones de vecinos, en partidos políticos. Otras renunciaron a toda actividad política o social, o bien fueron regresando a sus países de orígenes, atraídas por el nuevo desafío que significaba el fin de las dictaduras de las cuales habían huido. Eso supuso la lenta disolución del grupo, aunque algunas de sus componentes continuamos con una amistad que aún pervive a lo largo de los años.

\* Agradecemos a Susana Gamba, la única compañera del grupo con la que pudimos conectar, que le dio el visto bueno y aceptó que lo publicáramos.



Mujeres Latinoamericanas. [1978-1979]